

Hombres, Lugares y Cosas de La Mancha

Libro 56



Las palomas sedientas revolotean sobre el manantial del agua pura y cristalina.

LAS HERMANITAS saludan y yo con ellas, al vecindario protector de los ancianos desamparados.

Somos hijas de nuestras obras y las Hermanitas se presentan con las suyas: los ancianos recuidados, las cosas ordenadas y limpias y su devoción al Altísimo permanente, siempre por delante el anhelo de la escensión celestial.

Las felicitamos, admiramos y aplaudimos su consagración a tan gran obra y pedimos que no les falten fuerzas mientras vivan para cumplirla. De ello quieren ser muestra los pequeños detalles de este folleto con que se hace patente su obra y su aspiración.



Al pintar el día, las avecicas, ya desperezadas, elevan al cielo su canto de alegría y esperanza que anima a toda la vecindad, porque no hay nada como ser despertado por un coro de voces angelicales que da gracias a Dios por haber amanecido y poder servirle en la más ruda labor sustituyendo a quienes la abandonan.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA
P O R
RAFAEL MAZUECOS

Invierno de
1985 - 1986

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

LIBRO LVI

A estos libros se les dice de Alcázar como a las tortas de la Cantera, porque los hacemos entre todos, amasados con nuestra sangre y solo buscamos calidad y que la gente pueda entrar en la estación cogida a sus faldones y con el buen pasar de la masa endulzada por su baño de buen tueste.

Sale un libro, se remueve el cotarro y empiezan a llegar noticias de las más remotas e inesperadas y sin que nadie tenga el valor de hablar de dineros.

— ¡Ay!, mire usted, ha dicho mi abuela Pajarilla, veis a llevarle el retrato de cuando mi Juan estuvo tan malo, que vereis como se acuerda, que iba por las noches a la casilla a darle baños graduando el agua. Cuánto trabajamos y no sé como no se murió.

Cuando ya se levantaba, vino un hombre por la vía y le hizo este retrato que parece una estatua. Anda, mujer, veis ahora y que lo ponga, aunque no habrá quien lo conozca. Cuánto pasamos entonces. Hubo que traer un baño de hojalata de Jesús el de la tía Balbina y acarrear el agua desde Valcargao, pero de todo se salió y se quitaron las calenturas.

Al saltar la primera media decena del segundo cincuentenario de esta obra, lo hago con humildad, Manuela, aquella humildad de quien conoce su insignificancia y su vulnerabilidad, manifiestos en el cansancio, si bien no me faltan ánimos para llegar a remontarlo como las hermanitas remontan su jornada desde antes de amanecer hasta después de bien anochecido, pues la Cantera, que hizo tantas y tan buenas tortas sirviendo a todo el mundo, ella se desayunaba con una patata cruda y siete chicos para ella sola mientras se caldeaba el horno y amanecía, porque su reloj era el cielo y la posición de las estrellas sus minutereros como el de todos los que han tenido que dormir al raso por alguna circunstancia obligatoria, pero vayamos aunque sea adelantando los brazos y tentando como al aire.

Para el general conocimiento es menester decir que la Cantera de las tortas, madre de los Tejeros, es única en el mundo y que la pluralidad en el ramo, lo de las Canteras, se engendró de que fueran aprendiendo los familiares de la Manuela que estaban a su alrededor, hijos, hermanos y sobrinos a pesar de sus secretos que de verdad, de verdad, nadie ha descubierto y las tortas salen por la bendición del cielo y de ahí les viene su crédito.

*Sobre una mesa de pintado pino,
melancólica luz lanza un quinqué
y un cuarto, ni lujoso ni mezquino,
a su reflejo pálido se vé.*

*Las doce dan en el reloj vecino
y el libro cierra que anhelante lee,
un viejo ya caduco y cuenta atento,
del cansado reloj el golpe lento.*

(Espronceda)

Nocturno alcazareño invernal

Evocación del Hospitalillo

A la Madre Manuela y Comunidad y a los viejos de dentro y de fuera de la Institución.

La campanilla del Hospitalillo suena lejana, se la oye remota, como si fuera transportado su sonido por el viento y la lluvia invernales, a la hora del Angelus, envuelto en la oscuridad por la luz mortecina post-crepuscular.

Todos los ruidos se alejan, los de las puertas que se cierran y los de las pisadas de la gente que aligera el paso o corre para llegar pronto a su casa y no mojarse. Cuanto más arrecia el aire más se difunde por el espacio y más remoto se oye el tín-tín de la campanilla monjil del Hospitalillo, amortiguado por la menuda lluvia, helada y penetrante, alrededor del Asilo y aún por todo el pueblo que queda envuelto en una atmósfera densa de aguanieve que las luces tempranas de por la Candelaria y San Sebastián hacen más ostensibles en sus alrededores.

A los pasos y a los ruidos sigue un acentuado silencio que parece huir de donde se guarecen las personas. El eco de la campanilla es devuelto por el aire desde remotísimos lugares del espacio, como el de la tempestad lejana, retumbante en la inmensidad.

Como en los gallineros, a medida que se realizan las acomodaciones se acentúa el silencio en el corral, también lo impone en la calle la lluvia mansa y menuda y si alguien se asoma, lo piensa antes de echarse a la acera mojada por la lluvia silenciosa y pertinaz, aunque sea para dirigirse a un punto próximo.

La campana del Hospitalillo tiene voz de niña, como las monjas mismas, en contraste con el sonido seco y acelerado de la de los frailes y del bronco y tétrico de la Parroquia, por eso la gente le decía el "cinganillo", en diminutivo y se le oía como a las avejillas mañaneras que se remontan y lanzan sus trinos a lo alto del espacio.

Los viejos del Asilo se concentran en sus puntos de reunión y hablan del tiempo, rememorando el suyo propio.

Tanto en el Asilo como en las demás casas penetra la frialdad y los viejos cierran las puertas de donde están pero los reunidos se confortan mutua-

mente, se buscan como los chicos porque hay una fraternidad entre los de la misma época, aunque no se conozcan.

—“¿Se acuerda usted de fulano?”

Y se recorren las filiaciones de profesión, pueblo, etc., les atrae todo. A lo mejor uno ha sido criado del otro, cosa frecuente en los pueblos como Alcázar, pero en la vejez alternan juntos, son propicios a la intimidad y a la liquidación de secretos.

Dentro de la vejez hay sus grados entre los de más años y los de menos años, no se estorban, que es uno de los principales cuidados que debe tener el viejo, no estorbar en ningún sitio y que lo busquen si quieren, pero que no lo encuentren al tropiezo y tengan que apartarlo. Tan importante es esto que se valora como el undécimo mandamiento de la ley de Dios, no estorbar en las numerosas formas que reviste este mandamiento, como ponerse en una ventana y quitar la luz, husmear en la cocina, levantar las tapas de los pucheros para oler. Curiosear y hacer ruidos innecesarios, preguntar hasta hartar, ocupar mucho tiempo el cuarto de aseo, ponerse ante la tele en funciones y muchas cosas más que percibe quien tiene la obligación de preocuparse por no molestar:

—“Quítate del paso que viene Paquita con la sartén, estorbón”.

— ¡Qué estás solo!. Con tantos como os juntáis en tu casa.

—Pues mira, con todo eso estoy solo.

—Efectivamente, se van muriendo muchos amigos.

—No es eso solo, es que no le importa uno nada a nadie ni cuentan con uno para nada.

Barbas mayores quitan menores, decían en el sentido que debe ser oída y respetada la mayor autoridad, porque el buen viejo lleva el surco derecho.

Y luego el reuma. ¿Es que es propio de la edad?

—Creo que no, pero algunos están baldados, con unos dolores que no hay quien los aguante.

—Y yo que estoy divinamente, tengo las piernas que no puedo tirar de ellas y con las humedades me resiento más. El médico me dice que tengo artrosis en la espina, que no se yo lo que tendrá que ver lo uno con lo otro, pero que no me deja descansar ni moverme.

—Echate una garrota.

—Pues no te creas, que algunas veces lo he pensado.

—Es como una tercera pierna para los viejos, aunque antes, llevaban bastón hasta los chicos como llevaban gorra y chaleco.

Trabaja cuanto puedas, tenías que alegrarte por tener algo que hacer. Mira a las viejas, que no hay que decirles nada, tiran al trabajo, por eso se amoldan mejor que los viejos a la confraternización familiar. Ten alguna actividad siempre, poco ocio, con algún objeto se nos prolonga la vida. Todos servimos para algo. No hay nadie totalmente inútil.

No hay nada de sobra en el mundo ni en hombres ni en cosas. Lo que interesa es saber para que servimos y eso se va descubriendo hora por hora.

A lo mejor pueden pedirte parecer y tú lo darás pero sin obstinación porque tienes voz pero no voto.

Aconseja pero ten el debido cuidado de no inmiscuirte en la marcha de la casa, porque el cabeza de familia es tu hijo o tu yerno.

Al hilo de la política de la casa puedes dar un consejo o hacer una reflexión, pero espera el momento y habla con placidez, pues para eso hay que tener autoridad moral acumulada. Es prueba de confianza que te consulten, pero la confianza no se exige, se gana.

Suelta las observaciones sin herir el amor propio, con pocas palabras, aunque no te atiendan de momento el chico o la chica, pero ya has dejado una semilla que germinará con el tiempo.

En toda casa hay cosas que conservar, dichos, costumbres, sucedidos que debes salvar porque una tradición no se improvisa. La han enriquecido hombres preclaros. Es premio de muchos esfuerzos y por esa tradición han muerto muchos hombres. Esto se hacía, esto se decía. Al viejo le corresponde la tradición como al joven el progreso. Es como el hombre se eterniza y se oye decir con el tiempo:

— ¡Ah, si viviera el abuelo! Porque no se olvida aquel momento de la decisión abrumadora y solemne que su voz indicó el buen camino, aunque no se siguiera, pero ahora se ve que hubiera disipado la intensa bruma invernal.

El hospitalillo formaba un testero casi completo del amplio rectángulo que hace la entrada de la calle de Santa María. Saliendo del rincón húmedo y lóbrego de la calle Morón, parece que has llegado a la plaza al inundarte de luminosidad y aún de radiante sol, aunque no en estos anocheceres plomizos del invierno desolador.

El barrio antiguo y las casas vetustas pero vivas, confortables y seguras, de habitaciones grandes y gruesas murallas protectoras que permiten grandes alacenas en el espesor de los muros y la cama de los padres se ve allá en el fondo como un túmulo guardado para cuando hace falta.

Las grandes casas actuales no tienen ni punto de comparación con aquellas cocinas que solo con entrar se te expansionaba hasta el corazón y si almorzabas al amor de la lumbre, salías entonado para toda la jornada. ¡Qué error tan grande de tirar aquellas casas para hacer nidos inservibles!



Notas complementarias

El Asilo es de Alcázar y de los alcazareños, de su mismo estilo excéptico-humorístico.

Está donde lo pusieron y ya es un milagro que permanezca allí, corra el agua o no corra el agua, pero casi siempre corre aunque no se vea porque la atrae la Mina, después de saturar su arcilla y hacer el barro barrioso de los alfareros de otros tiempos, que sigue estando aunque no se use, pues la tierra es eterna y los alfareros cambiantes y mortales de necesidad como las puñaladas gitanas.

La mayoría de los detalles concernientes a la vida hospitalaria de Alcázar figuran en esta obra, pero no está de más agregar algunos referentes a nosotros mismos, incluido su donador, don Federico, y su cooperador don Joaquín, su hermano, nacidos ambos en Santa Marta (Albacete) por la politiquería que es la política menuda y malsana.

Al edificio actual se trajeron del hospitalillo todos los enseres y las hermanitas que venturosamente siguen atendiéndole.

La comunidad actual está constituida por once hermanitas de los ancianos desamparados, de muy variado origen que les da variedad y aprecio, cubanas, andaluzas, gallegas, valencianas, aragonesas, etc. y en cambio no hay ninguna manchega ni entre las asistentes ni entre las residentes, salvo los viejos de Alcázar que en general son personas saludables que ahorran los datos estadísticos porque se mueren cuando Dios quiere y de lo que menos se piensa, aburridos y cansados de dar vueltas por los rincones de la casa.

Tienen cien camas en números redondos instaladas en grandes salas a la antigua usanza hospitalaria, con separación de sexos, previsión bien tomada y llevada con resultados porque no se ha dado el caso de tener que desposar a nadie como pasa en las residencias de ahora.

Las once hermanas que atienden la institución son las siguientes:

Sor Gumersinda Parada, natural de Pedre, (Pontevedra), lleva 50 años de religiosa y 24 en Alcázar.

Sor Luisa Panemco, natural de Guantánamo (Cuba), lleva en la Orden 60 años y en Alcázar 24.

Sor Dolores Carril, natural de Bentracas (Orense), lleva 56 años en la Orden y 19 en Alcázar.

Sor Teresa Estévez, natural de Ríos (Orense), lleva 32 años en la Orden y 15 en Alcázar.



Sor Aurora Márquez, natural de Aracena (Huelva), lleva 42 años en la Orden y 20 en Alcázar.

Sor Remedios Martín, natural de Lagunilla, Salamanca, lleva 30 años en la Orden y 8 en Alcázar.

Sor María Lloredo, natural de Sama de Langreo (Oviedo), lleva 36 años de religiosa y 6 en Alcázar.

Sor Matilde Canet, natural de Oliva (Valencia), lleva 26 años de religiosa y 5 en Alcázar.

Sor María Manuela Braulio Lahoz, madre superiora, natural de Alcañiz (Teruel), lleva 39 años de religiosa y 5 en Alcázar.

Sor Luisa Soria, natural de Las Fraguas (Soria), lleva 22 años de religiosa y 2 en Alcázar.

Sor Ana Martínez, natural de Piñera (Oviedo), lleva 60 años de religiosa y 5 meses en Alcázar.



LA REFACCION



Entre santa y santo pared de cal y canto. Y a pesar de todo, los efluvios sentimentales traspasan las paredes y ocurre lo que no se quiere y tal vez no conviene, pero ¿vas a ponerle puertas al campo o a contener el poder de Dios?

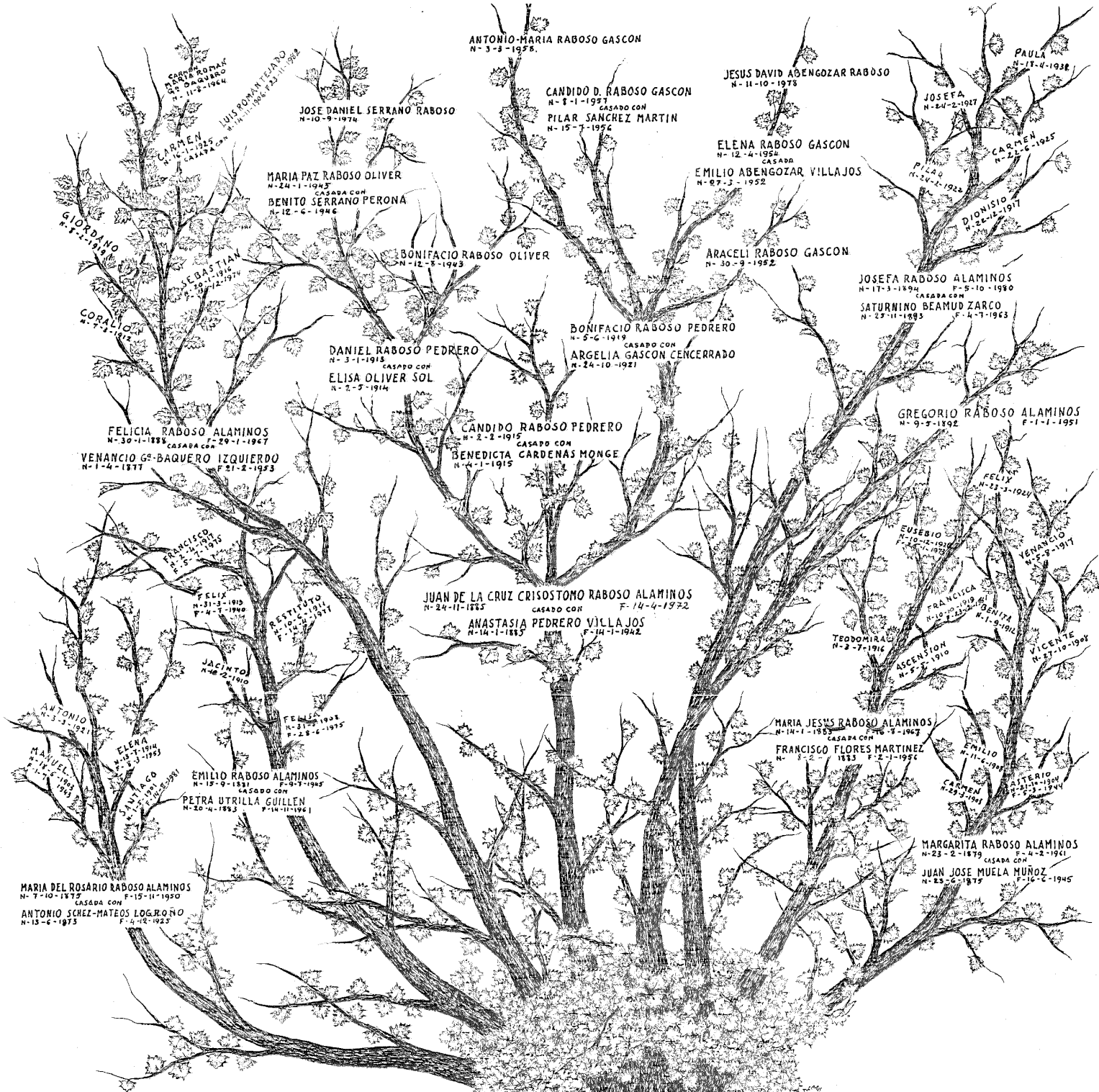


*Te casaste y... ¿lo ves, que no
igual, al afán con que se ansía,
la dicha que se alcanza?
Por ardiente que sea la esperanza
al convertirla en realidad, es fría.*

(Humorada feliz de Campoamor entre
tantas maravillosas y exactas).

*Te casaste y... ¿lo ves, que no
iguala, al afán con que se ansía,
la dicha que se alcanza?
Por ardiente que sea la esperanza
al convertirla en realidad, es fría.*

(Humorada feliz de Campoamor entre
tantas maravillosas y exactas).



Los alcazareños Cándido Raboso y Vicente Carrazoni, se han revelado en este trabajo como verdaderos genealogistas, transmitiéndonos el recuerdo de una de las familias más numerosas y ramificadas de la Villa, la de Perra, antecesor remoto de Cándido y de la bizquera familiar y alternativa.

Análogamente debería reconstruirse la familia del tío Faco Mazuecos y la hermana Pepa y la de los Canteros, ahora conocida como de los Estrellas, los Velas de allí abajo, los Paniguas y los Pitises y algunos otros gruesos troncos que se van secando y caminan hacia su desaparición, pero que dieron lugar en su tiempo a extensas zonas de repoblación de la Villa, como los Cominos, los Beamudes y varios más, pues las familias pasan por períodos de fecundidad y de esterilidad alternativas que se ven ellas mismas y se nota en cuanto manejan, sobre todo en la vivienda y en los retallos y descendientes que de cuando en cuando emergen de los troncos principales.

Tomemos el hermoso ejemplo de Cándido Raboso formando nuestras propias genealogías que la historia nos lo agradecerá.



ARBOL GENEALOGICO
 QUE, CON GRAN TESON, HA CONSEGUIDO
CANDIDO RABOSO PEDRERO
 REUNIR LOS DATOS NECESARIOS PARA
 SU PROPOSITO DE RENDIR HOMENAJE A
 SUS ANTECESORES Y FAMILIARES.

EL DIBUJANTE Y HUMILDE COLABORADOR,
Carrazoni

DICIEMBRE, 1985

ASILO

Emblema y orientación

La estrella que corona el hueco de la escalera, marca exactamente el Norte de la edificación que la Madre Manuela confirma con su actitud benevolente hacia la anciana preguntona.



*¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo el vil materia,
podredumbre y cieno?*

*¡No se; pero hay algo
que explicar no puedo,
y al par nos infunde,
esperanza y miedo,
al dejar tan tristes,
tan solos, los muertos.*

.(Becquer)

Suelo alcazareño

La exteriorización, que no descubrimiento, de las cuevas de la plaza, me induce a esta meditación que tampoco es nueva, pues cuanto más se retrocede en el tiempo, más claro se verá el origen y más segura es la interpretación. Y de poder seguir mezclados y hablando con nuestros antecesores, llegaríamos a vernos entre los pobladores antiguos que nos hablarían de este "fenómeno" con la naturalidad y el conocimiento que nosotros hablamos del Cristo o de las esquinas del Cabezón o del Chache.

Esto me trae una vez más el recuerdo de nuestro gran investigador don Manuel Corchado Soriano que tanto me insistió en que buscara, que la muralla está ahí y yo también, teniendo en cuenta nuestra manera de ser, me lo voy creyendo.

Cualquier alcazareño tira el pueblo entero y se queda tan tranquilo, pero llegando al suelo, da unos restregones con la azada o con sus propios pies y lo deja.

Pues bien, conocemos el terreno y varios puntos clave de la situación de la muralla, no hay más que descubrir el cimiento y seguirlo para cerciorarse de la existencia de la muralla y de su situación y de todo lo que va ligado con ella que es nuestra vida misma.

En nuestros días se han tirado la torre del cementerio de San Juan, el Ayuntamiento, torre también de la muralla, la Torrecilla y la llamada torre del Cid que no hará mucho más a juzgar por los macizos rocosos que se siguen viendo por toda la zona a pesar de las obras realizadas para taparlos. Y de las altitudes del terreno que nos van marcando su presencia con la corriente de las aguas. Veamos un pequeño ejemplo.

Desde la esquina del Cadáver a la de Gumersindo Alberca, gran herrero, el padre de todos los Albercas más conocidos, Alcalde de la primera República y constructor del arco de la Plaza, había una pequeña loma de piedra que dividía las aguas de la calle del Mediodía con las de la placeta de la Justa. Estas daban la vuelta y la dan por la placeta de la Bolsa para salir a la puerta Cervera, como las de la calle del Mediodía iban en parte por entre las esquinas del taller de Jesús Sánchez que es la Torrecilla y la de Molina buscando la misma corriente del paseo del Cementerio, llamada últimamente, no se por qué arroyo Cordobés, porque es la Mina que va a la Veguilla por allí después de cruzar la parte sur de la población. La otra parte de las aguas que se juntan en la calle del Mediodía, van al mismo sitio pero por la plaza pasando por las calles de Santo Domingo e Independencia.

Las manipulaciones que se han ido realizando han disimulado mucho aunque no borrado del todo, las alturas y las piedras que debieron hacer más

o menos inexpugnable el cerrete de Santa María y el Palacio o Fortaleza.

Estando en la puerta del estanco del ciego, como yo he estado muchas veces con él y con su hermana, se ve la calle de la torre del Cid, de punta a punta, entera y recta, que va a dar a la placeta de Almendros, donde Remigio tenía la fragua. A cada lado de ese frente sale una calle, a la izquierda la de la Paloma, con un vecino de los más notables de Alcázar, Eugenio el Moralo; a la derecha sale la calle que va a lo de Mariano Velasco, (Rana), en el pozo Cardona. En ambas calles son bien ostensibles las pedrizas, pero más en la de la derecha cuyas casas están cimentadas en esas piedras llamadas de Zamora, a un metro de altura del suelo. Las casas esas y la salida de Faquillo Vela por detrás. En la otra calle, aunque empedrada son bien ostensibles los desniveles de la roca subterránea. Y bajando por donde vivía Ramón Caravaca, los desniveles y las irregularidades son mucho más notables, dejando perfectamente claras y visibles las elevaciones que hacía el terreno viniendo desde la Balsa y terrenos colindantes, sobre todo la entrada distal de la calle de D. Quijote y la propia casa de Ramón Caravaca, sobresalía en la acera como un acantilado de la costa que se asoma al mar.

Pero volvamos al lado de Virginio y veamos que la acera que tiene enfrente es la izquierda de la puerta Cervera y que es partición hecha por las aguas entre ellas y las piedras de Zamora, las aguas que corren por la calle de Santa Ana y la propia puerta Cervera que es su cauce.

Las casas que hay frente a Virginio todas están cimentadas en alto y la de mi abuelo Juan Pedro que es la segunda no menos de un metro del suelo. Baja en la de la Inocenta la Serena y el tío Joaquín Vela pero no desaparece, porque en la esquina de enfrente, donde tuvo el horno últimamente la Julia de Josito, hay o había un buen pedrusco y todo lo del tío Joaquín tampoco está libre de ondulaciones, aunque estén tapadas por los empiedros, pues hace tiempo que pienso que aún teniendo a la Inocenta entre medias, esta casa y la de mi abuelo son partición y lo deduzco de las relaciones familiares que he conocido y compartido, de que las portadas estaban juntas y lo seguirán estando, dando a la puerta Cervera y de que el tío Joaquín y mi abuelo eran Quintanilla de segundo apellido los dos y otros varios del barrio que han desaparecido. Todo me hace pensar que la puerta Cervera era el cauce que llevaban las aguas de ese sector a la Mina.

Todo esto es perfectamente visible desde la puerta del ciego si el que mira sabe ver lo que hay entre los tejados y detrás de ellos.

Hablamos hace poco del obelisco que se puso en la plaza de Cervantes. Estaba en el centro de la plaza dando frente a la calle de San Juan. Esta piedra ocupaba toda la plaza y parecía continuación de la de Santo Domingo, pero sobre todo la que había hasta la pared de la tienda del Moreno Vela, el padre de Teófilo y Hermógenes y hasta la misma torrecilla era una roca de una pieza, incluso hasta la esquina de Isidoro Paniagua. Y si se escarbaba en

ella puede que no se estuviera libre de sorpresas, aunque de todas maneras puede que salgan por casualidad como ha pasado en la plaza, en la estación y en otras muchas obras de la población. O sea que estando con Virginio en su puerta y suprimido con el pensamiento el caserío y todo lo que se ha ido agregando con los arreglos, nos encontraríamos con los acantilados de las piedras de Zamora y los del tío Juan Pedro y veríamos en el centro la depresión de la puerta de Cervera encajando la corriente hasta la mina y es menester imaginarse la protección que recibe la fortaleza y cuan diferente sería su aspecto en la antigüedad, corriendo la Mina desde las Santanillas y rodeando su población en su mitad oriental y recibiendo las corrientes de todos los cerros, incluso los del Tinte hasta la Altomira y del pueblo entero, desde el paseo hasta los barreros del Asilo puerta Cervera y Arenal.

Entonces se vería desde el arroyo de la puerta Cervera como corriente de agua encajada entre las peñas o acantilados labrados por la erosión y ahora están enterrados y sirviendo de cimienta a las casas del barrio, de las que son riscos visibles todavía las piedras de Zamora y el rodapie del tío Juan Pedro.

Los derribos efectuados en poco tiempo de la torre del cementerio de San Juan, Bodegas de Cañizares y del Tuerto, escuelas, todo lo del mercado, Ayuntamiento y torrecilla, han sido oportunidades magníficas para descubrir los cimientos de la muralla sin molestar a nadie, lo que pasa es que no se piensa en las cosas aún teniéndolas a la vista, como sucede muchas veces en el ejercicio clínico, que deja de diagnosticarse una enfermedad por no pensar en ella y conformarse con una apreciación rutinaria. Las aguas de la puerta Cervera, salén más o menos encajadas entre los pedruscos hacia el arroyo, el cual arroyo recibe a la vez por su margen izquierda todas las aguas que vienen de la Altomira y caen en el barranco del cementerio.

A V I S O:

En la imposibilidad de sostener permanentemente un servicio de envío de los libros a domicilio y de las muchas complicaciones que origina, se advierte a las personas que echen de menos su llegada y tengan gusto de poseerlos, que pueden pasar por la Clínica a recoger los de cada edición, donde se les darán con el mismo gusto.

Perdonen y muchas gracias.

Chulaperías

Los pañuelos de seda blancos para el cuello marcan un escalón en la indumentaria estacionista alcazareña, iniciada y generalizada mucho tiempo en el ramo de tracción y extendida por el continuo viajar y el intercambio de personal.

Contrastaba mucho aquella blancura nítida de los pañuelos del cuello con la piel y la ropa impregnadas de tizne aunque lavadas.

El peón que vino retostado de los trabajos de la tierra, cuando lo subían a una máquina o a una garita y lo pusieron a viajar, se sintió engrandecido y asimilaba cuanto veía en sus andorreos, sobre todo en indumentarias de los barrios bajos de Madrid y cuanto más renegridos los ponía su trabajo más resaltaban los pañuelos de seda que se ponían en el cuello de dos maneras, hechos dobles anchos, cruzándose sobre la camisa y remetiéndolos debajo del chaleco o hechos un nudo cuadrado, con las puntas finas, remetidas y sujetas por el mismo chaleco. Y una tercera forma que consistía en doblar el pañuelo de pico, ni ancho ni estrecho, a todo lo largo y anudárselo como primer nudo de corbata y dejándolo caer, un extremo sobre otro, para sujetárselo en la cintura con el pantalón mismo o la correa. Se miraban y remiraban en el espejo buscando la mejor colocación o bien las mujeres procuraban dejárselos al estilo de los organilleros de la cabecera del Rastro o Amaniel que son los más puros de todo Madrid, los fabricantes, pero cuando más se notaba era en los días de descanso, después de la limpieza de la máquina y de asearse él un poco que era cuando lucía el pañuelo con todo su esplendor como una azucena replegada que se asoma rebrillando por el resquicio único que asoma su majeza por el cuello de la chaqueta azul cerrada por el cuello y de puños.

Son ejemplo digno de recordar por su garbo en el depósito de Alcázar, Paco Cruceta, Pepe el Largo, Tomás Gamito, Alfonso el de la Maquinilla, Emilio el Parraro y pocos más, pues había un predominio grande de términos medios, aunque muy poseídos de su decisión en los talleres de la estación y en los de costureras, presumiendo de gallitos que cantan en todos los gallineros, sin mucho lucimiento pero con la prudente ostentación del toreo de Casitas.

Al publicar esta nota, me complace rectificar un error, mío propio, no de nadie, que me señala doña Pilar Belmonte, acerca de que Don Manuel Blanco, Delegado del Gobierno en la estación, no tuviera hijos, cuando tenía tres.

Ella es testigo de mayor excepción por razones de vecindad y no cabe más que acatar su testimonio y agradecerle su rectitud, pero no me negará que era muy pinturero y se le veía siempre solo de ir y de venir a la estación por la callejuela.

Muchas gracias.

Renovación

He hablado muchas veces de la Castelar difundiendo mis recuerdos para que no se pierda el amor a las cosas ni se desarraigue lo nativo, pero las circunstancias, los planteamientos económicos sobre todo, hacen inevitables los cambios y que se lancen al olvido los recuerdos más acendrados.

En los últimos años he hablado de las portadas de los carros y de las herrerías y carreterías de las afueras que acreditaban con su perduración el carácter de callejuela de la prepotente calle actual.

Parece, por lo que oigo, que las mencionadas portadas de los carros desaparecerán pronto y, como la sombra al cuerpo, les seguirán construcciones de poco gusto y menos carácter como han sido sustituidas las que las acompañaron. Como hasta ahora, el espacio es lo único que no cuesta, la gente no se cansa de subir hasta el cielo, aunque no se tardará en establecer el canon de la respiración y la mascarilla con que nos obligarán a vivir para gravar la cantidad de oxígeno consumida, como nos miden el agua y nos la cobran siendo nuestra, porque la donó su dueño con la tierra y todo, de contento que se puso al ver el chorro.

Ahora se habla de los derechos que se tienen por haber nacido entre los que parecen primordiales el de comer pan, beber agua y resollar aire. Y se habla también del de trabajar cuya utilización no merece tan general acatamiento. Todo el mundo hace un pozo en su casa, saca agua y si le está buena bebe de ella. Y está bien, si se la saca otro, que pague el sacarla, pero no el agua, que es el caso alcazareño, a tanto la medida.

En el libro primero de esta obra hay un cuadro de la Castelar que la representa tal como se la conocía como de San Andrés, sin ninguna tienda, con alguna que otra ventaneja con reja de hierro utilizada como escaparate, con el taller de hacer carros de Demetrio Marchante y la Zurranta y un completo barrizal en toda la calzada de la calle que duró hasta la guerra europea y no



La Castelar en mi infancia con el Ayuntamiento y el Torreón al fondo, las esquinas de Bonifacio y Francisquillo el sillero a la derecha y la barbería de la Fama a la izquierda, con los faroles de aceite y corto brazo del alumbrado público.

Ya está empedrada la calle aunque sin poder evitar por eso las huellas marcadas por las corrientes.

La gran posada de la Plaza donde la Cayetana lucía sus esplendidos de dama romana.



sólo en la Castelar sino en todas las adyacentes a las que servía y sirve de colector.

Nadie ha tenido el buen gusto de conservar la carpintería antigua y darle a los porches y corrales, aires de almacenes o bazares con toda su amplitud como había en Madrid el Bazar X en la calle de Carretas que era calle de carros y por eso se puso allí la central de Correos. O el de la Unión al comienzo de la calle Mayor, en la misma puerta del Sol, en la casa anterior a la de la esquina a Esparteros.

En Alcázar, lo primero que se hacía era quitar el local o reducirlo a su mínima expresión, salvo algún pequeño detalle como el de Saturio convirtiendo toda su casa en tienda y comiendo entre los palanganeros y las mesillas de noche, como cualquier feriante en su puesto de la plaza, porque Saturio era quintanareño y comerciante total que vendía hasta sin géneros. Fraguas de urgencia como las de Fachano y Villaescusa, Barberías cara al sol como en el rastro de Madrid y Tabernas a las dos caras: Federico, el Siro y Perra en el rincón de Maldonado; Relojerías de arreglo y Zapaterías de remendar, Francisquillo el Sillero y Boticas para los que vuelven, Carnicerías y Churrerías para los madrugadores. El Estanco del Arrendatario y el Alpargatero que nunca faltó, ni los melones en su tiempo a la sombra de la esquina del Cristo y el hombre de los barquillos emparejado con el retratista, distribuidores ambos de buenos recuerdos de la Villa.

No faltaba nada en este arsenal y menos obradores de costura de hombres y mujeres a todo lo largo y tiendecillas de surtido universal y adecuado a los gustos y necesidades de los chicos según los usos de la época y en aquella lo eran indispensables los trompos, los gatos y las calcomanías.

En el curso del tiempo, los propios dueños de las casas fueron pasando por situaciones diferentes que les obligaron a modificar sus pensamientos y sus posibilidades cambiando completamente los aspectos de las suyas y sus dependencias, cosa que aquí fue siempre más activa porque en estas calles son mayores las posibilidades comerciales.

Frente por frente a la hermosa posada, estaba esta gran casa, verdadera mansión señorial, ni lujosa ni opulenta, pero fuerte, conocida como de Rojas, que no se quitaban el ojo la una a la otra y se veían a todas horas con simpatía e identidad porque no tenían nada que reprocharse, eran tal para cual y ambas hacían juego con las costumbres y las necesidades de la plaza cuando no había sufrido todavía las agresiones del forasterismo y estaban intactas las cinco casas que ocupó el casino y la propia de don Alvaro se encontraba en su primitivo estado.

La casa de Rojas ocupaba todo el testero de la plaza, desde el rincón del Catre a la casa de las Ministrillas y cuya historia puede que nos tenga guardadas buenas noticias cavitarias de las cuevas llamadas ahora de la plaza a las que no fueran ajenas la Gorgusa ni la Picuca y otras de las muchas brujas del candil que lucieron en sus tiempos.

¡Qué patios tan grandes y qué columnas y qué habitaciones tan espacia-sas como anchas las mura-las que las hacían el doble de confortables.

Todas las casas de la plaza y sus alrededores tienen que ver, más o menos, con el gobierno de las órdenes militares, pero la mayoría están en el suelo y de varias no se tiene ni la menor idea de lo que fueran, pero esta es la plaza y su historia consiste en no conocerla para que cada uno se la figure a su modo y la pregone con la deslumbrante fantasía de un Antonio Frasco, Estanislao Utrilla u otro brillante narrador nativo de los que da la tierra.



TRISTEZA

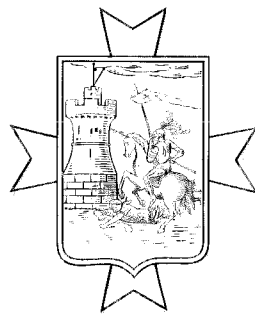
La fuerte y austera verja colocada a la entrada de la iglesia, sin afectación, con franciscana sencillez, convierte la espaciosa nave en monumental capilla acogedora e íntima, donde la gente se concentra más, dejando hueco a la reja.

*“De la casa en hombros
lleváronla al templo
Y en una capilla
dejaron el féretro.
Allí rodearon
sus pálidos restos,
de amarillas velas
y de paños negros.
Al dar de las ánimas
el toque postrero,
Acabó una vieja
sus últimos rezos;
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron,
y el santo recinto,
quedóse desierto.
De un reloj se oía
compasado el péndulo
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste
tan oscuro y yerto
todo se encontraba...
que pensé un momento
“ ¡Dios mío, que sólo
se quedan los muertos!*

Poco a poco la piedra será disgregada por las ténues florecillas del salitre de la Mina, como lo fue antes y lo será eternamente. Y las maderas devoradas por el maligno insecto roedor hasta partir la viga y que se rompa con el peso de los ornamentos, porque divide y vencerás. Y el moho hará de la verja cascarilla térrea que se llevarán las aguas por los ríos y la mar.



*“En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota en los vidrios,
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a solas me acuerdo.
Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo,
del húmero muro
tendida en el hueco,
acaso de frío
se hielan sus huesos...”*



Deposito Legal: C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA, S. A.
Ferrocarril, 6
Alcázar de San Juan - 1986